

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

+Zabludovsky y la consolidación de un único modelo informativo para la televisión.

82

LETRAS LIBRES
AGOSTO 2015

IN MEMÓRIAM

JACOBO ZABLUDOVSKY (1928-2015)

✎ ELENA PONIAOWSKA

Jacobo Zabludovsky nació en la ciudad de México el 24 de mayo de 1928 en una vecindad de la calle Doctor Barragán. Fue el menor de tres hijos de una pareja de inmigrantes judío-polacos que llegaron a México huyendo de los horrores de la primera guerra.

Antes de su arribo, su padre era agente de libros en yidis y recorrió gran parte de Rusia y Ucrania. Hablaba con familiaridad de Pushkin, Gógol, Tolstói y Dostoievski, de ahí el gusto de Jacobo por la lectura. En la Merced vendía telas. En la Merced también les enseñó a sus hijos Elena, Abraham y Jacobo a amar a México.

“En la Merced convivíamos libaneses, judíos, españoles y mexicanos de varias generaciones. Convivíamos sin darnos cuenta de que unos eran de una manera y otros de otra. En todo caso, alguien le decía a otro ‘güero’ o ‘flaco’ o ‘chaparro’, pero no había epítetos discriminatorios. Creo que esa es una de las enseñanzas de haber vivido ahí. La otra es la lucha por la vida.”

De ahí su gran amor por las canciones, la creatividad y la persona de Agustín Lara. La pasión por los toros

surge a través de un maestro albañil, el maestro Celis, que lo llevaba todos los domingos a las corridas.

El niño risueño y carirredondo recordaba que en sus libros de texto Lenin y Rosa Luxemburgo eran héroes. Con algunos compañeros hijos de refugiados españoles analizaba la Guerra Civil de 1936. Vivió siempre en un ambiente abiertamente antifascista y antinazi. A los diez años, a raíz de la expropiación petrolera, Jacobo fue con sus compañeros a dejar monedas al Palacio de Bellas Artes. A los trece años dedicaba sus fines de semana a trabajar como ayudante de corrector de galeras en *El Nacional*. En 1945, ingresó a la Facultad de Derecho de la UNAM y se recibió en 1968 con la tesis *La libertad y la responsabilidad en la radio y la televisión mexicanas*. Enrique González Pedrero lo invitó a impartir el curso de técnicas de la información para radio, cine y televisión en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. En 1946 se inició formalmente en el periodismo como ayudante de redacción de noticieros de la Cadena Radio Continental, dirigida por Alfonso Sordo Noriega. Le enorgulleció muchísimo trabajar al lado de José Pagés Llergo en *Siempre!* Ingresó a la XEX en 1947 como jefe de Servicios Informativos. En 1950, apareció con sus grandes audífonos y sus gruesos lentes en *Notimundo*.

Fotografía: EFE/EFE/AL

Conocí a Jacobo Zabłudovsky en un viaje en tren: la inauguración del ferrocarril Chihuahua-Pacífico en noviembre de 1961. Invitados por el entonces presidente Adolfo López Mateos acudieron empresarios, políticos, comentaristas, fotógrafos de prensa y tres mujeres periodistas. Personalmente le debo mi invitación a Rafael Galván. El recorrido culminaría en lo más alto de la Sierra Tarahumara donde los mayordomos indígenas le entregarían el bastón de mando a López Mateos. Durante las primeras veinticuatro horas, el viaje resultó versallesco —nos saludábamos con ceremonia siguiendo un íntimo protocolo giratorio— pero al regreso escasearon los víveres, abundaron los vinos y se perdieron las buenas maneras. Los únicos tres que las conservamos fuimos Antonio Ruiz Galindo —harto de la compañía y hasta del paisaje sin embargo grandioso—, Jacobo Zabłudovsky —que llevaba corbata negra— y yo. Jacobo y yo reímos mucho de nuestra identidad polaca-mexicana y de los desfiguros de los empresarios y líderes obreros. Como eran muchas las horas metidos en el tren, Jacobo también me hizo una imitación exacta de cómo daban la noticia los reporteros que sonreían a grandes dientes al anunciar catástrofes y lloraban cuando había que reír gracias a su mecánico descompuesto. Recuerdo que nos interrumpió Licio Lagos con un espectáculo como del Circo Atayde. Caminé tambaleándose por el pasillo y finalmente rodó como nuez, cuan chiquito era, para adelante y para atrás del carro. “¿Lo detenemos?” Jacobo lo levantó y lo llevó al baño de hombres. Corrían chistes como el de que a Rafael Galván le había tocado una litera alta y a Carlos Trouyet la baja y por lo tanto, por primera vez, el movimiento obrero estaba por encima del empresariado.

Años más tarde, las pocas veces que nos encontrábamos, Jacobo y yo recordamos entre risas la gran borrachera trenística de la época de López Mateos.

El 19 de enero de 1998 a las 23:00 horas, Jacobo Zabłudovsky hizo su última aparición en *24 horas*. Lo vi tris-tísimo el día de la muerte de Carlos Abedrop y sé que también le afectó

mucho la de Gabriel García Márquez, su amigo. Tras su muerte, acacida el pasado 2 de julio, es justo y necesario afirmar que nadie como él cubrió el terremoto de 1985 y ningún periodista le enseñó al mundo con tanta emoción e inteligencia la gran tragedia de México. —

Una extensa entrevista de Elena Poniatowska con Jacobo Zabłudovsky puede leerse en el sitio web de Letras Libres: <http://letraslib.re/ZabluPoni>

MEDIOS

EL PERIODISMO DE ZABLUDOVSKY

RAÚL TREJO DELARBRE

En septiembre de 1970, cuando inició *24 horas*, Jacobo Zabłudovsky ya tenía veinte años haciendo noticieros de televisión. Desde que dirigió y escribió el *Noticiero General Motors*, creado en 1950 y que era conducido por Guillermo Vela en Canal 4, hasta que comenzó el noticiero de Canal 2 que sería el más importante en la historia de la televisión mexicana, Zabłudovsky transitó por la que puede considerarse su primera etapa como periodista de televisión.

Durante quince años los noticieros del entonces Telesistema Mexicano (que en 1973 se convertiría en Televisa) fueron refritos de la información de los periódicos. Dos de ellos, *Novedades* y *Excelsior*, estuvieron a cargo de sendos noticieros nocturnos. En otros espacios, las notas de los diarios y agencias eran sintetizadas y aderezadas con algún comentario pero carecían de originalidad.

En 1965 Zabłudovsky crea *Su diario Nescafé*, una revista matutina que alternaba noticias, con frecuencia leídas directamente de los periódicos, con asuntos de espectáculos. Era un noticiero amable, reacio a ofrecer notas que les pudieran estropear el día a los madrugadores televidentes. La gran diferencia con los anteriores noticieros era que el telediario *Nescafé* tenía una pequeña plantilla de reporteros. La televisión se liberaba, lentamente aún, de su dependencia respecto de la información de los diarios. El matutino *Nescafé* se ufanaba de ofrecer “las noticias que no alcanzaron los periódicos”.

La televisión comenzaba a reconocer la virtud de la instantaneidad que le estaba negada a la prensa escrita y de las capacidades audiovisuales que la radio no podía alcanzar. En los años sesenta Zabłudovsky ya era el periodista mexicano más conocido gracias a su constante presencia en televisión y al prestigio que le dieron transmisiones como la que hizo de los funerales de John F. Kennedy en noviembre de 1963 o las narraciones de los lanzamientos espaciales que hacía junto con Miguel Alemán Velasco. Durante varios años hizo pareja con Pedro Ferriz, imitando el noticiero de los periodistas Chet Huntley y David Brinkley de la NBC, en un informativo que terminaba diciendo “buenas noches, Pedro”, “buenas noches, Jacobo”.

En aquellos noticieros la televisión mexicana reproducía lo mejor y lo peor del periodismo de la televisión estadounidense. El registro de la noticia mientras se producía contagiaba a los televidentes la sensación de estar siendo testigos de la historia. Pero en su desempeño cotidiano, más allá de esos momentos de excepción, los noticieros de Telesistema Mexicano anteponian la abundancia de notas por encima de su entorno y explicación.

Ese era el modelo de la TV comercial estadounidense: veinte o treinta notas en un programa de media hora, reducidas a una exposición tan breve que solamente se podía comunicar el quién, cuándo y dónde que forman parte de los requisitos esenciales del periodismo. No había espacio, ni interés, para el cómo y el por qué de los acontecimientos.

La fundación de *24 horas* institucionaliza ese estilo y le añade un manejo más profesional. Zabłudovsky encabeza una redacción en la que ya se hacen notas específicas para televisión, con reporteros dedicados a ello, pero circunscritos por la brevedad. El periodismo mexicano llevaba largo rato estancado en la propalación de dichos y no necesariamente de hechos y su adaptación televisiva no se propone romper ese esquema. Por las pantallas desfilan funcionarios y voceros, casi todos ubicados en alguna parcela del poder político, de tal manera que los reporteros encabezados por

Zabludovsky por lo general tienen que limitarse a extender el micrófono y, si acaso, glosar las palabras del declarante en turno.

La televisión comienza a tener recursos técnicos que le permiten ser más ubicua y flexible: cámaras portátiles, antenas para transmisiones remotas, entre otros. *24 horas* da cuenta de los acontecimientos, a menudo en vivo, y Zabludovsky es nuestro enlace indispensable con esas noticias que le permiten cumplir su constante pasión por la primicia.

La prensa mexicana no hacía periodismo de investigación. La televisión tampoco se preocupa por ir más allá de la superficie de los acontecimientos. Una de las secciones de *24 horas* era la presentación de “muchas noticias en pocas palabras”. En ese estilo no había alicientes para la especialización temática (los reporteros podían cubrir una u otra fuentes sin conocimientos específicos) y por lo general cada nota presentaba una sola versión de los acontecimientos. Las fuentes eran, salvo excepciones, gubernamentales o institucionales.

En esa segunda etapa de su periodismo televisivo Zabludovsky, para cumplir con necesidades de la empresa, con frecuencia entremezcla el periodismo con el espectáculo. Así ha ocurrido en todo el mundo, pero la falta de competencia en la televisión mexicana consolidó a ese modelo informativo sin que se desarrollaran otros.

Con tales rasgos, Zabludovsky hizo una escuela de televisión. A pesar de la forzosa concisión y su consiguiente superficialidad, el periodismo así desarrollado no carecía de méritos. Entre otros la inquietud por la precisión y, sobre todo, por la corrección lingüística.

Ese periodismo, con tales contraluces, lo propaló internacionalmente cuando encabezó el canal de noticias ECO. Apoyándose en las redes satelitales, ECO surgió en 1988 y fue una CNN hispanoamericana, con un centenar de corresponsales. Desapareció en abril de 2001, un año después de que Zabludovsky había dejado Televisa.

24 horas se transmitió hasta comienzos de 1998. El periodismo en televisión, con escasísimas excepciones,

sigue siendo fundamentalmente idéntico al que creó Zabludovsky.

Más de seis décadas y media haciendo periodismo en medios electrónicos (además de su también intensa participación en la prensa escrita) no podrían carecer de contraluces. Se han señalado muchos de ellos con motivo del fallecimiento de Jacobo Zabludovsky. —

ECONOMÍA EL JAQUE GRIEGO

FRANCISCO PAYRÓ

En el juego de poder y de estrategias que hay, sin duda, detrás de las exigencias de pago del Eurogrupo a Grecia y de la negativa que arrojó el referéndum del pasado 5 de julio para someterse a las condiciones impuestas por sus acreedores hay una realidad temida y no admitida públicamente por los principales líderes de la Unión Europea: los cimientos de esa comunidad política, conformada como tal en 1993 con el propósito de facilitar la integración económica, jurídica e institucional de los países miembros, bien podrían verse dañados con un eventual abandono del país al que suele adjudicársele la invención de la democracia.

Las razones, que van más allá de si Atenas podría con su imposibilidad, o con su obstinación, provocar una serie de posturas semejantes en países como España, Italia y Portugal —cada uno de ellos con deudas que sobrepasan el 100% de su PIB—, quizá deberían buscarse en el diseño mismo del proyecto de integración global más ambicioso originado en el siglo XX. Para su construcción, la UE ha sido concebida como una superestructura. Con facultades supranacionales que se complementan con la existencia de complejos mecanismos de cooperación multilateral, esta comunidad que en los hechos ha ido evolucionando desde 1957 —cuando fue creado el llamado Mercado Común Europeo— hasta convertirse en lo más próximo a una confederación institucionalizada de naciones, ha enfrentado desde su nacimiento toda suerte de pruebas: desde amagos separatistas —el caso del Reino Unido es, en ese sentido, emblemático— hasta



+Grecia: el alto precio de la unión.

Fotografía: Getty Images / ©2015 Pacific Press

altibajos constantes en el grado de integración de los países miembros, pasando por la coexistencia de profundas disparidades entre las economías que la constituyen.

En el centro de las nociones alrededor de las cuales se erige la UE se halla la transferencia de poderes soberanos. Los países miembros se obligan a ceder a las instituciones de la comunidad potestades que antes de su incorporación resultaban irrenunciables, lo que acaba por limitar su margen de manobra en las materias que, en adelante, pasan a ser competencia de ese sujeto de derecho internacional que es la propia Unión. Así ha ocurrido —particularmente desde 1993, con la firma del Tratado de Maastricht— con las políticas exterior, cambiaria, monetaria y fiscal, herramientas convencionalmente atribuidas a los Estados para la promoción del crecimiento y la estabilidad.

Las tribulaciones de Grecia a raíz de su deuda monumental se explican en gran medida por el dispendio que ha hecho de los miles de millones de euros que recibió a lo largo de los últimos años del Banco Central Europeo, del FMI, y de algunos de los países miembros más poderosos de la



comunidad—Alemania y Francia, a la cabeza—, pero los efectos que sobre el sistema financiero y económico global ha dejado ya sentir el descalabro griego encuentran también una causa en la arquitectura y la orientación político-ideológica de los organismos creados en el seno de la UE. La norma en las políticas económicas recetadas por tales organismos ha sido, durante años, la liberalización comercial, la desregulación de la actividad productiva, la privatización de activos públicos, la contención salarial y la restricción monetaria en aras de una inflación próxima a cero.

Ha habido, en la UE, una división tajante entre las políticas de corte social (orientadas al empleo, los sistemas de pensiones y la seguridad social) y las de alcance económico-financiero (promoción de inversiones, incentivos fiscales, gasto gubernamental). En países como España y Grecia—donde la tasa de desempleo supera el 20% de la población económicamente activa—, así como en Chipre, Croacia y Portugal, la población en riesgo de pobreza se ha incrementado de manera notable. En prácticamente cada uno de los países miembros situados en la

Europa del Este—de manera particular en los de la península balcánica—entre el 21 y el 27% de la población se encuentra expuesta a un alto riesgo de pobreza extrema. Dos Europas coexisten, pues, al amparo de una UE que parece responder al poder de negociación y al influjo de grupos empresariales asentados en la Eurozona. Las Shell, las Siemens, las British Petroleum, las Daimler AG, los Carrefour, por ejemplo, respaldan con su poderío su búsqueda de condiciones favorables para su expansión internacional y encuentran en la UE la idónea plataforma política e institucional para sus cometidos globales.

Lo ocurrido con Grecia no se entiende sin esa transferencia de poder de la que se alimenta la dual estructura que sustenta a la UE. No se entiende sin la Unión Económica y Monetaria por la que el euro se consolidó en 2002 como la moneda única de la región. Imposibilitada para echar a andar sus propios planes de expansión monetaria y crediticia, Grecia—en tanto miembro débil con gobiernos manirroto— debe en teoría acatar a pie juntillas lo que los organismos de la UE determinen, so pena de sufrir un estrangulamiento financiero de severas proporciones. En la inicial negativa griega, dictada en el referéndum, podía atisbarse un golpe a la estabilidad de ese edificio plagado de vericuetos que es la Unión Europea.

Sean cuales sean los resultados de las negociaciones en torno a Grecia, los gobiernos y los organismos rectores de la UE saben que frente a esta crisis inédita tal vez no hay nada que garantice de ahora en adelante su estabilidad. Detrás de un problema sintomático como el de las deudas soberanas, late la gran causa de la pérdida gradual de soberanía entre la mayoría de Estados europeos en favor de un núcleo reducido, conformado cada vez más por poderosos intereses político-empresariales de Alemania y Francia. La respuesta—severa, vertical—de los gobiernos y las instituciones de la Eurozona frente al desafío griego ha sido una muestra patente de lo poco que están dispuestos a perder una partida que no pueden sino, a toda costa, ganar. Seguramente a un alto precio. Tal parece que sin importar lo que ese alto precio signifique.—

DERECHOS

Y DESPUÉS DEL MATRIMONIO, ¿QUE?

ESTEFANÍA VELA BARBA

Con las recientes decisiones de las supremas cortes de México y Estados Unidos que garantizan el matrimonio igualitario, parece existir un sentimiento de triunfo absoluto, como si el matrimonio representara la culminación de la lucha de la comunidad LGBT. Y se entiende: si el problema ha sido la discriminación de las personas por virtud de las relaciones sexuales y afectivas que establecen, el matrimonio, dado su significado social, es su máxima reivindicación. Con el reconocimiento marital, estas relaciones han pasado de ser perseguidas a ser validadas por el mismo Estado. De poder existir solo en los confines de la privacidad del hogar, ahora pueden disfrutarse y celebrarse en público.

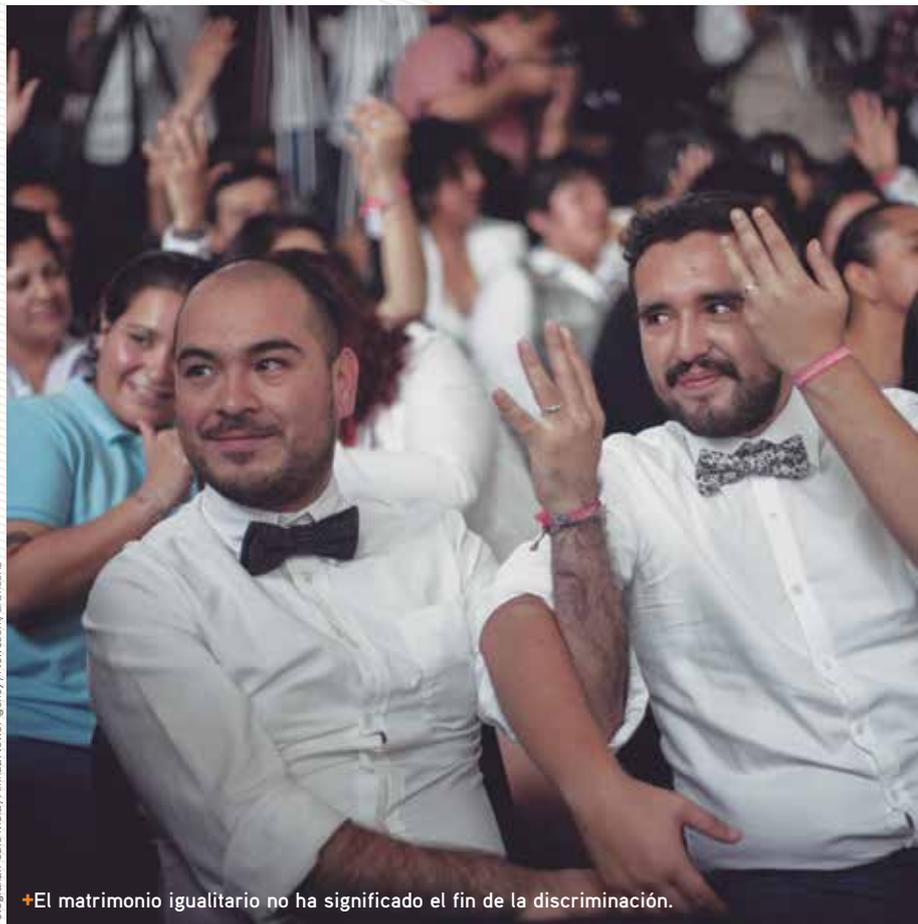
A pesar del optimismo, la batalla en contra de la discriminación no ha terminado. Un cambio normativo no lleva automáticamente a una transformación social. La renuencia a reconocer la legitimidad de estas relaciones persiste y la historia reciente del matrimonio igualitario en México da muestras de que existe todavía una férrea resistencia. Por ejemplo: después de que el Distrito Federal reconoció el matrimonio entre personas del mismo sexo en 2009, el IMSS y el ISSSTE se rehusaron a incorporar a estas parejas al régimen de seguridad social. Argumentaban que su propia legislación—a diferencia de la capitalina—no reconocía a estos matrimonios. El caso se llevó a litigio para que estas autoridades dejaran de oponerse. Si bien todos los amparos se ganaron, no se pueden minimizar los costos que generó a las parejas tener que defender sus derechos en un juicio. El solo tiempo que tarda un proceso judicial puede ser un asunto de vida o muerte. Este, de hecho, fue el caso de una pareja de mujeres en Monterrey: el IMSS se rehusó a inscribir a la esposa embarazada de una de sus propias trabajadoras al régimen de seguridad social, incluso a sabiendas que había sido

diagnosticada con diabetes gestacional y que el feto tenía ectasia renal. De no ser por la demanda que interpuso la pareja y la presión mediática, no quiero imaginar lo que habría pasado. Lo que queda claro es que la discriminación pone vidas en riesgo.

Dado que en algún momento fue necesario que la Suprema Corte se pronunciara sobre la inscripción de las parejas del mismo sexo al régimen de seguridad social para que el IMSS y el ISSSTE modificaran su política, el temor actual es que el Registro Civil les niegue el matrimonio a este tipo de parejas a pesar de la jurisprudencia de la Corte. De la misma manera en la que el IMSS y el ISSSTE argumentaron que sus leyes no reconocían estos matrimonios, se teme que el Registro Civil sostenga que la jurisprudencia solo vincula a la judicatura. Que se aferre, pues, a una lectura textualista y restrictiva de la ley, cuando su mandato constitucional es interpretarla a la luz de los derechos humanos —interpretación que ya ha sido ratificada una y otra vez por la Suprema Corte—. ¿Será necesario seguir litigando?

En semanas recientes, una pareja denunció a la Secretaría de Relaciones Exteriores —parte del mismo Ejecutivo federal que el 26 de junio “celebró” la diversidad en redes sociales— porque llevaba más de dos meses sin renovar los pasaportes a dos niños. ¿La razón? Que sus actas de nacimiento habían cambiado: de ser hijos de una sola madre —única posibilidad que existía cuando nacieron hace ocho años—, pasaron formalmente a ser hijos de dos madres hace dos años. Ello a través de un procedimiento civil viejísimo, diseñado para que los padres puedan reconocer a sus hijos después de su registro. Un niño que finalmente tiene padre y no solo madre no enfrenta mayores problemas. ¿Pero qué sucede cuando un hijo tiene a dos madres reconocidas por la ley? Es un caso a investigar.

Valga un último ejemplo para mostrar cómo el reconocimiento del matrimonio entre personas del mismo sexo no ha significado el fin de la discriminación. Desde el 2012, la Ley Federal del Trabajo explícitamente prohíbe la discriminación por género y orientación sexual. Es ilegal que una



Fotografía: Pietro Mera / Xinhua News Agency / Newscom / EREVISAL

✦ El matrimonio igualitario no ha significado el fin de la discriminación.

persona sea maltratada, despedida o que no consiga un trabajo por estas razones. En mayo de 2014, la organización Espolea publicó la primera encuesta sobre homofobia en el trabajo en México. El 20% de las personas encuestadas afirmaron que se les había preguntado por su orientación sexual o su identidad de género antes de ser contratadas, al 14% se le negó un trabajo por esa razón y el 35% dijo ser víctima de algún tipo de discriminación en el trabajo. Según la encuesta, solo 17% de las personas que sufrieron discriminación interpusieron una denuncia ante alguna autoridad y 26% de los encuestados ni siquiera saben cómo funcionan las comisiones de derechos humanos o los consejos para prevenir y eliminar la discriminación. Ante este escenario, no sorprende que 55% hayan afirmado que nadie o pocas personas de su trabajo saben de su orientación sexual o identidad de género. Bien se sabe: que la Constitución reconozca un derecho no significa que se pueda ejercer sin obstáculos.

En los últimos cinco años, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos no ha dejado de emitir comunicados alertando sobre los asesinatos de personas en México a causa de su orientación sexual e identidad de género. Hay uno, en particular, que no me deja de estremecer: en junio de 2012, dos días después de la marcha por la diversidad sexual en Guerrero, se encontró en un barranco el cuerpo “con heridas profundas y golpes contusos” de una persona de dieciocho años —identificada por su madre como su *hijo* y que los medios reportaron “que estaba vestido con ropas de mujer”—. Este asesinato era el octavo en Guerrero en lo que iba del año. En ninguno de los casos se había detenido a los culpables. Un ejemplo de impunidad y falta de transparencia que puede compararse con lo sucedido con las muertas de Juárez y con casos recientes como Ayotzinapa y Tlatlaya.

¿Qué sigue después del matrimonio? ¿En este país? Todo. Empezando por el derecho a vivir. —

CELEBRACIÓN DE EL CUENTO

ALBERTO CHIMAL

En mayo de 1987 yo era un adolescente, vivía en Toluca, en casa de mi madre, y fui con ella y mis hermanos al Museo de Antropología en la ciudad de México.

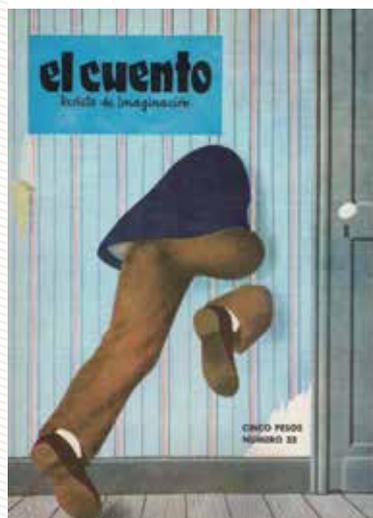
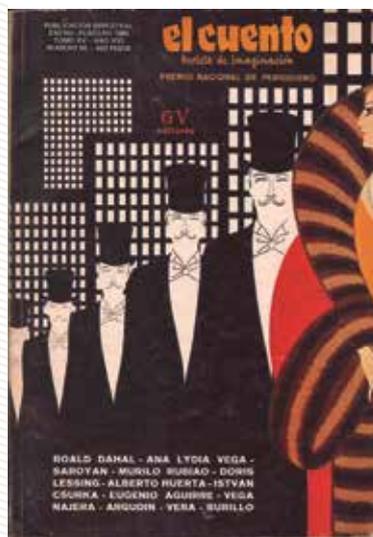
No recuerdo nada de lo que vimos. En la tienda del museo vendían el más nuevo ejemplar de la revista *El Cuento*: tomo XVI, año XXIII, número 102. Yo no sabía nada de ella (ni de la obra de su fundador, Edmundo Valadés), pero para quererla me bastaron su nombre y su lema: *Revista de Imaginación*. Mi madre pagó los 1,250 pesos de entonces que costaba el ejemplar y yo pasé el resto del día, y probablemente de la semana, con la cara metida entre las páginas. Era una colección riquísima de narraciones de todo tipo, escritas por hombres y mujeres de dos siglos y tres continentes. Allí leí por primera vez a Felisberto Hernández, Ernest Hemingway, Cesare Pavese, Donald Barthelme, E. M. Forster y Joseph Heller. Allí supe de narradores que solo volvería a encontrar hasta décadas más tarde, como Beatriz Graf o Albert Samain, y de otros que jamás he vuelto a ver, como Marisol Martín del Campo o el húngaro Szakonyi Károly. Allí volví a leer a Yukio Mishima (años antes, en casa me habían confiscado su *Confesiones de una máscara* por considerar que era libro “indecente”).

Y en las numerosas ficciones brevísimas insertas entre los cuentos, en los espacios que otra revista habría reservado para ilustraciones o anuncios, leí a Heródoto y a Michaux; más todavía, leí a escritores mexicanos vivos —uno que aprendía en la escuela que la literatura era asunto de extranjeros, o de muertos— e incluso a aspirantes a escritor, inscritos en el concurso de minificción que la revista mantenía siempre abierto. Yo mismo no participé jamás: la timidez me ganó, pero en aquel número —y en los otros que busqué y conseguí después— pude leer los intentos, los fracasos, los éxitos ocasionales, de personas que más tarde llegué incluso

a conocer. Soy amigo todavía de una o dos entre ellas.

Leer *El Cuento* no solo procuraba una dosis concentrada, pura, de historias: también permitía enlazar la narrativa más famosa, más elevada y remota, con la vida simple de su lector.

No cuento esta anécdota porque sea importante en sí misma sino porque puede ser útil: puede servir para recordar el valor de la revista fundada por Valadés y su posición única para, al menos, una generación de lectores.



Ahora, en la segunda década del siglo XXI, habrá quienes digan que una publicación antológica como *El Cuento* es obsoleta. No solo están los detractores del cuento como género y de la ficción misma como práctica válida de escritura: se debe agregar a quienes observan que internet es un archivo

mucho más vasto y accesible que cualquier revista. Esto último es cierto. Un lector aficionado a prácticamente cualquier género literario, a cualquier vertiente por especializada u oscura que sea, puede encontrar suficientes textos gratuitos en formato digital para no leer nada más durante toda su vida. Si no le molesta pagar por lo que lee, o recurrir a la piratería, tiene aún más opciones. Pensando solo en el cuento, incontables narraciones clásicas (o meramente antiguas) son tan accesibles como las escritas ayer en el blog de alguien.

Y la propia figura del editor antologista —como lo fue Valadés en *El Cuento* y en *El libro de la imaginación* (1976), la colección de narraciones brevísimas que se puede leer como un complemento de su revista— podría considerarse igualmente obsoleta. Si se quiere una guía, millones de “curadores”, casi siempre aficionados y sin salario alguno, pasan buena parte de su tiempo en línea excavando, seleccionando, recomendando obras de todo tipo.

Sin embargo, el tamaño inabarcable de la red nos abruma y nos vuelve insensibles a su abundancia. Aun si nos interesa algo más que los memes o las noticias sensacionales del día, los más de nosotros reaccionamos a la oferta incesante de enlaces como a un gesto de cortesía o cordialidad al que se puede corresponder de manera igualmente superficial. Si el texto, la pieza musical, el video, requiere de más tiempo que el de un vistazo, la respuesta habitual es agradecer su aparición (poner “Me gusta” en la publicación correspondiente, digamos) y olvidarlo. En lugar de adentrarnos en la red para “cultivarnos” con la suma de la memoria humana, como soñaban algunos de sus promotores hace apenas quince o veinte años, nos gana la pereza: la certidumbre (errada) de que cualquier cosa que nos llame hoy la atención estará disponible mañana. ¿Para qué esforzarse en leerla ahora? ¿Para qué preocuparse siquiera en recordar su título, o cómo encontrarla otra vez?

Una publicación como *El Cuento*, descendiente de las grandes revistas literarias de los siglos XIX y XX, puede ser en efecto un artefacto de otro

tiempo. Pero también lo es, quizá, la avidez de los lectores a los que estaba destinada. La “satisfacción instantánea” que ofrecen los medios modernos era impensable: las librerías eran tan frustrantes como ahora, las librerías igual de lejanas. Ya sabemos que en México, como en el resto de los países a los que llegó el trabajo de Valadés, los lectores constantes son siempre una minoría. Pero ninguno de nosotros, durante los años que duró la revista, tenía muchas opciones más para encontrar lecturas que le interesaran en dosis tan concentradas, reunidas con un criterio editorial que privilegiaba la calidad literaria por encima de cualquier otra consideración y —esto es muy importante— ofrecidas con una postura totalmente opuesta al elitismo de la mayor parte de la “alta cultura” nacional: reunidas para todo aquel que deseara disfrutarlas y aprender de ellas.

Aficionados a la revista hicieron un acopio en internet de todas las minificciones publicadas en ella (minisdelcuento.wordpress.com); a este proyecto, realizado con el ánimo desinteresado y utópico de mucho de lo mejor que hay en la red, se agregó en febrero de este año el archivo completo de *El Cuento* (elcuentorevistadeimaginacion.org), disponible para descargar y leer en línea de forma gratuita. Supervisado por el narrador mexicano Agustín Monsreal —que colaboró en la dirección de la revista en su última etapa, tras la muerte de Valadés—, el proyecto contiene 6,668 cuentos, incluyendo los que leí en 1987. Me encantaría estar equivocado y que esas narraciones encontraran muchos lectores nuevos hoy. —

FICCIÓN

LA FUGA

JUAN PABLO VILLOBOBOS

Aquella madrugada me había despertado la urgencia de orinar, como me sucede muy a menudo desde que me hice la vasectomía. Se trata de un efecto secundario de la operación, aunque el urólogo, que no se tiene que aguantar las ganas, dice que es psicossomático. Fui al baño de la sala, y no al de

la habitación, para no despertar a mi esposa.

La puerta estaba cerrada, a pesar de que yo la había dejado abierta antes de irme a acostar, lo recordaba bien, y no tenemos hijos, ni gatos o perros, que pudieran haberla cerrado. Pero esta es una reflexión posterior, en aquel momento giré la perilla sin pensar, empujé la puerta y en cuanto mi vista se acostumbró a la luminosidad enceguedora del interior (estaban encendidas todas las luces), descubrí que en el escusado estaba sentado el Chapo Guzmán. Aclaro que estaba sentado sobre la tapa, con los pantalones arriba, no estaba haciendo sus necesidades. Solo estaba sentado, reposando (se veía cansado).

Contra lo que pudiera esperarse, la escena no me chocó tanto como debería, no quiero decir que fuera normal, pero sí casi familiar: en el país no se hablaba de otra cosa en los últimos días y, además, ¿no se había escapado el Chapo justamente a través de un agujero en la regadera? Había una cierta lógica dentro de lo extraño de la situación: el sujeto estaba desaparecido, así que tendría que aparecer en algún lugar, y nadie sabía dónde estaba, por lo que no se podría desmentir que estuviera justamente en mi baño. Podría proponerse, además, la hipótesis de la existencia de una red de túneles que conectaban baños a lo largo y ancho de la nación (la fuga había sido el sábado por la noche y ahora era la madrugada del miércoles, el tiempo que le habría tomado recorrer los ochenta kilómetros que separan mi casa del penal del que se fugó).

Si en lugar del Chapo hubiera aparecido el presidente de la República, que andaba de paseo en París, o un cantante muy famoso que acababa de morir, eso sí que habría violado las leyes de la lógica más elemental y yo habría reaccionado a los gritos: “¿Pero qué hace usted aquí!?” La única contradicción era que hubiera llegado al bañito de la sala y no al del cuarto, que es mucho más cómodo (como si el Chapo tampoco quisiera despertar a mi mujer).

Revisé de un vistazo el piso de la regadera, no había señales de ningún



Ilustración: LETRAS LIBRES / Ari Chávez Chacón



agujero. ¿Por dónde se había metido, entonces?

—No deberías estar aquí —dijo de pronto el Chapo interrumpiendo mis especulaciones, acostumbrado, como todos los hombres poderosos, a que los desajustes de la realidad sean siempre culpa de los demás—, ¿qué haces despierto a estas horas?

—Venía a orinar —dije, y por un momento pensé que me iba a aplicar la reprimenda aquella de “¿venía o viene?”—, ¿sí me da chance? (por puro instinto de sobrevivencia me puse a hablarle de usted).

—¿No hay otro baño?

—Sí —le contesté—, pero está en el cuarto y no quiero despertar a mi esposa.

Se incorporó de mala gana, resoplando, y yo me metí al baño. Aproveché el momento en que nuestras barrigas se rozaron (el baño es pequeño, él tuvo que pegarse a la pared y yo al lavabo) para darle un pellizquito en el brazo, cosa de comprobar la calidad de la realidad. Me pareció que era un pellejo bastante verosímil. Además olía muy mal, apestaba como puede esperarse de alguien que lleva metido un poco más de tres días debajo de la tierra.

Cerró la puerta sin salir y recargó la espalda en la pared para verme orinar.

—Déjame adivinar —dijo, mientras examinaba con curiosidad mis intentos infructuosos de soltar el chisguete—, te quedaste dormido con la tele encendida en las noticias.

Asentí con la cabeza mientras miraba el agua hacia la que estaba apuntando.

—¿Y qué dicen de mí?

Cerré los ojos para concentrarme, estaba seguro de que al abrirlos el Chapo ya se habría fugado de mi baño o de la realidad; pero cuando los abrí, uno o dos minutos después, sin poder orinar (a veces me pasa, como una falsa alarma), ahí seguía, tan campante, insistiendo en que le contara lo que decían en las noticias.

—¿No está enterado? —le pregunté, por primera vez detectando un atisbo de inverosimilitud, ¿cómo no iba a saber!?

—Se me olvidó el iPad en la celda —respondió—, ¿vas a mear o no?

—Se me pasaron las ganas.

—Qué sospechosos.

Me hizo una seña para que le dejara libre el escusado, volvió a sentarse sobre la tapa y le hice un resumen de las declaraciones, comparecencias, ruedas de prensa, incluyendo la recompensa que había anunciado el gobierno. Por primera vez lo vi sonreír. Tenía dientes bonitos (lo que hace el dinero).

—¿No estarás pensando en delatarme? —preguntó, pero sin signos de interrogación, como pregunta la gente que ya se sabe todas las respuestas.

No lo había pensado, claro, ¿a qué hora? Probé una respuesta:

—Son sesenta millones de pesos, para usted no ha de ser mucha lana, pero yo con eso no vuelvo a trabajar en mi vida.

Quise decirlo como no queriendo, a ver si sacaba algo a cambio, al fin y al cabo él estaba usando mi baño, el bañito de la sala, como parte de la infraestructura de su fuga.

—¿Y no has pensado en la posibilidad de que yo sea una alucinación? El país vive una psicosis social y, no me lo vas a negar, tú tampoco estás muy equilibrado que digamos.

Por extraño que parezca, esta afirmación afianzó la hipótesis de que el Chapo de mi baño era el Chapo real, un Chapo capaz de tener acceso hasta a mi historial psiquiátrico.

—La veas por donde la veas —siguió— es una jugada perdedora. Si soy real tú cobras la recompensa, pero yo, la próxima vez que me fugue, te ajusticio. Con mis propias manos. Y si soy una alucinación acabas en el manicomio. ¿Cómo la ves?

—Mejor me voy a regresar a dormir.

—Muy buena decisión. Te felicito.

Abrí la puerta y me dispuse a salir. Pero entonces pensé que no tenía nada que perder, así que cerré la puerta de nuevo, le busqué la mirada, ensayé mi mejor gesto de penuria y le solté sin vergüenza:

—¿No me va a dar mi Navidad?

—Ya te measte encima, compadre.

Era verdad: ahora el torrente irrumpía con fuerza, me empapaba la pijama y escurría por mis muslos pleno de tibieza. —